

Este libro es un homenaje a las culturas que están siendo amenazadas por la imposición de la cultura occidental.

Es una llamada a reivindicar lo peculiar de cada lugar, a conocer lo propio y defenderlo y amarlo sin necesidad de caer en actitudes fundamentalistas o dogmáticas.

Creo que nuestra cultura tiene mucho más en común con los árabes que con los norteamericanos y, sin embargo, el mundo árabe es, para nosotros, el gran desconocido.

He recomendado este libro porque me parece la mejor guía que se haya escrito sobre Siria; porque invita a viajar y descubrir otros lugares con una mente abierta, receptiva, dispuesta a aprovechar cada pequeño instante. También porque me ha hecho aprender mucho sobre costumbres, el papel de la mujer entre los árabes, los matices diferentes de la religión musulmana, etc...

Pero, ante todo, este libro supone, desde mi punto de vista, una pequeña joya literaria.

Rosa Regàs acaricia con las palabras y describe algunas escenas de una forma tal que he sentido el placer de recrearme en la buena literatura.

Rosa Regàs ha sabido combinar perfectamente la documentación histórica, con una experiencia real y una especial habilidad para la ficción de tal modo que no es fácil saber qué es real y qué inventado. Pero me atrevería a afirmar que Ismail es fruto de su imaginación alimentada por sus muchas vivencias y experiencias de este tipo.

Este libro me ha hecho disfrutar de mi especialidad que es la historia y agradezco a quienes me lo han hecho descubrir. Invita a profundizar en el conocimiento de la historia contemporánea.

He disfrutado con este libro porque me ha motivado a ampliar información y me ha hecho estudiar sobre la situación actual del mundo árabe y sobre muchos problemas y personajes actuales que escuchamos por televisión, pero que la mayoría desconocemos.

Leyendo el libro me he dado cuenta de lo pegada que estoy en Historia Contemporánea. Creo que voy a releerlo poco a poco, aprendiendo de cada aspecto y de cada página. Es un libro que daría para muchas tertulias.

Creo que Rosa Regàs hace una buena defensa del mundo árabe intentando corregir esos ingenuos dogmatismos que nos transmite la cultura de Occidente y esa actitud crítica que a veces se nos despierta hacia otras culturas sin darnos cuenta de que somos mucho más parecidos de lo que creemos y que hay muchas más cosas que nos acercan de las que nos alejan.

“Viajar es ante todo romper la rutina y la obsesión del propio vivir y a partir de nuestra individualidad dejar paso al vivir ajeno...

...viajar no sólo es descubrir lo que contiene el mundo, sino también desvelar aspectos de uno mismo que permanecen escondidos tras la rutina y la costumbre...

...Viajar para mirar, descubrir y desvelar es una pasión, y como tal se ofrece de forma imprevista a quienes la anhelan y la buscan”. (pág. 15)

“En aquel momento se pusieron a cantar los almuédanos pisándose unos a otros en una plegaria común que llenaba el espacio. En la calle desierta un afilador hacía sonar la cuchilla sobre la piedra de afilar con una cantinela que repetía incansable. Una mujer en la azotea vecina tendía la ropa y maullaban los gatos saltando por los tejados. El cielo radiante era azul, azul intenso de su propio azul, sin prismas ni suavizantes. El sol comenzaba a estar alto y hacía calor. El aire olía al perfume olvidado de las rosas. Me senté en la cama tan alta que casi no tuve que agacharme, asombrada ante la claridad con que se me presentaba la decisión que había de tomar. Sí, quizá fuera precipitada, pero aquí me quedaría: había encontrado mi casa”. (pág. 32)

“Ritmo, lo más difícil de adquirir es un ritmo determinado, a veces incluso es difícil descubrirlo para acoplarnos a él. Ni conocemos el ritmo de la persona de la que acabamos de enamorarnos, ni el de la ciudad a la que hemos llegado. Y comprendí que el ritmo de Siria era tan distinto al nuestro que harían falta varios días o meses o incluso años para conocerlo, y milenios para hacerlo propio”. (pág. 52)

**“A veces olvido que el mundo nos ofrece lo que hay y que sólo de nosotros depende aprovecharlo o rechazarlo”.
(pág. 65)**

“En la luz tamizada de la tarde que entra por las lumbreras de la cúpula, las plegarias y los lamentos apagados de los devotos esparcidos por el ámbito sagrado, cada cual rezando a su aire con su propio lenguaje, se abren paso en línea directa hacia el Profeta y sus santos. Es un espectáculo de magia”. (pág. 90)

“El baño es además de un acto higiénico indispensable, un acto social”. (pág. 102)

**“La boda es lo más importante de la vida social siria”.
(pág. 106)**

“Nosotros no queremos perder nuestro pasado. Un pueblo sin pasado no tiene dónde apoyarse ni dónde agarrarse. Un pueblo sin pasado está a merced de cualquier demagogo”. (pág. 122)

“La cultura es lo que une a los pueblos. El mayor bien que se le puede hacer a la humanidad es darle entrada en el patrimonio cultural”. (pág. 127)

**“El trabajo no es un castigo, es el goce que Dios nos ha dado para que no nos enloquezca el paso del tiempo”.
(pág. 133)**

“Todos los países son hermanos, todos cometen las mismas crueldades. Unos en nombre del orden, otros de la civilización, otros en nombre de su dios, todo vale. Pasan los años y los siglos y la humanidad no cambia. Nada hace suponer que nuestra civilización sea distinta y mejor que las anteriores”. (pág. 174)

“El regateo no es un sistema para practicar o evitar la estafa y el abuso, sino una forma de establecer la equidad, de encontrar el punto que conviene a uno y otro, el sistema de saber hasta dónde se puede llegar en los dos sentidos, de saber los medios y las intenciones del contrario, y de darle a conocer los nuestros. En definitiva, un arte del que tras ofrecer, objetar, rechazar y volver a ofertar, emerge un precio que no deja en el vendedor la sensación de depredador ni en el comprador la de haber sido engañado”. (pág. 186)

“Los árabes miran. Caminar por la calle es pasar entre una fila de miradas como el día de la boda pasan la novia y el capitán bajo el túnel de sables. El árabe mira siempre. No mira con curiosidad, desprecio, admiración, lascivia, pasmo o sorna. No, sólo mira. Jamás vuelve la cabeza para mirar o seguir mirando, ni hace gesto alguno si no se alcanza a ver. Mira lo que tiene delante. Se entera de lo que ocurre, de lo que pasa ante sus ojos, sin más”. (pág. 222)

“No hay un árabe de Siria que no se desviva por hacer la vida agradable a sus huéspedes, los conozca o no. Es impresionante lo dotados que están para la hospitalidad, la generosidad, el desprendimiento, la capacidad de compartir lo propio. No lo hacen ni por obligación ni por merecer elogios, ni siquiera por ser mejores, sino porque para ellos supone el mayor de los honores”. (pág. 242)